

Este cuento fue elaborado de manera cooperativa por los alumnos de Noveno de EBI (2025), redactado íntegramente por ellos en clase, ayudándose unos a otros y aportando ideas. El interés de la actividad consistía en mostrar la importancia del trabajo cooperativo, en el que cada parte del grupo cumple una función para crear algo nuevo, enteramente original, sin ayuda de inteligencia artificial. La ortografía intenta imitar algunos modismos propios de la literatura ambientada en el interior profundo. Y el tema es una variante imaginativa del cuento que hemos trabajado en el módulo introductorio: “El hombre pálido” de Francisco Espínola.

Nada es lo que parece

Una tormenta repentina que daba miedo escuchar cayó de repente sobre las casas. El ganado estaba enloquecido, sin saber dónde refugiarse aquella noche. En la estancia “El Juramento” había olorcito a guiso, que se mezclaba con el aroma a tierra mojada. Dentro del rancho estaban Anacleta y su hija Elvira. Y en un momento dado, la doña dijo:

—A ver che. Andá buscar leña que se apaga el fuego. No te quedés ahí parada.

—Güeno, mama.

Entonces la muchacha salió rumbo al galpón, pisando los charcos, mojando su larga pollera floreada.

De las negras trenzas chorreaba el agua como ríos. Antes de llegar escuchó un murmullo que provenía de la enramada. Al acercarse se dio cuenta de que eran los dos bandidos más famosos de la zona: el Lobizón y el Carancho. Se los conocía por su astucia y sangre fría.

—Esta noche acá nomás se les termina —dijo gravemente el Carancho mientras afilaba el facón de plata y oro que se había robado en su último atraco.

—Sí, sí. Acá nomás —respondió su cómplice.

Mientras, Elvira, aterrorizada, entre la lluvia escuchaba los reclamos de su madre.

Salió corriendo desesperada para el rancho a contarle lo que había oído.

—¡Andá guacha pa allá que me estás haciendo barro y se me está apagando el fuego!

—¡Pero mama!

—¡Te dije que jugaras!

—Güeno, mama —dijo Elvira, decepcionada y con miedo.

Corrió entonces para la pieza de sus padres y subiendo a un catre, agarró la escopeta. Era un arma vieja, oxidada y llena de polvo, que ella jamás había visto que su padre usara. Apenas entró a la cocina se encontró con un espectáculo tremendo: Anacleta, su mama querida, yacía desplomada en el suelo, con el pelo todo revuelto y el Lobizón se devoraba el guiso, quemándose de glotón.

El Carancho quiso levantar a Anacleta, pero no pudo.

—Vení a ayudarme acá, dejá de tragar. Parecé una pelota e gordo.

—Voy, voy —respondió el Lobizón, mientras se limpiaba la boca—. Qué lo parió que está pesá esta gorda. Hum...

Mientras, intentaba levantarla.

Elvira, temblorosa apuntó como pudo. Apretó el gatillo, pero la bala no salió. Al ver la escena, los bandidos rompieron en una carcajada. Pero de repente el Lobizón se desplomó, vomitando guiso a todo viento.

—¡Vieja e los diablos! ¡Había envenenao el guiso! —dijo el Carancho.

—Elvira, no me matés —continuó, poniendo voz de ternero guacho— yo te conozco a vos desde la escuela, gurisa. Soy el Coco Martine, tu novio e la infancia. Yo te di tu primer besito.

—¡Coco!, ¡Coco! ¡So vo, Coco! —exclamo Elvira, llena de emoción—. ¡Cómo cambiaste!

Entonces bajó el arma y miro con ternura al matrero. Pero en ese momento se oyó un disparo y cayó el pobre como una bolsa de papas contra la pared, dejando una mancha de sangre como pintura.

Se vio en el umbral de la puerta dibujada la silueta de Ernesto Santa María, empapado debajo de un poncho negro.

—Te puedo perdonar lo de mi mujer. Te puedo perdonar también el besito a mi hija. Pero no que me desperdiciés el guiso.